

El compromiso de dos viejos - Juan Quintero Herrera

Juan Quintero Herrera

EL COMPROMISO DE DOS VIEJOS

Por Juan Quintero Herrera
JuanQuinteroH

Capítulo 1

EL COMPROMISO DE DOS VIEJOS

Por Juan Quintero Herrera

En su casa de bareque, ubicada en la primera ciudad al norte de Sudamérica, soportando la canícula –quizá del día más caluroso en la historia de su vida–, sentía morir en un sopor agobiante aquel viejo vendedor de loterías.

Hacía dos días le había vendido un billete completo de lotería a un hombre difícil de olvidar, aunque no fuera uno de sus clientes habituales. Aquel comprador era un viejo pescador, moreno y escuálido, y de piel curtida por la intemperie del río, quien le había prometido en un español enrevesado que si ganaba le daría el diezmo de ese premio.

–¿Por qué el diezmo? –le preguntó el viejo vendedor tratando de esculcar la causa de una cifra religiosa.

Justamente esa era su razón: el pescador no creía en el albur, ni en suertes.

Solo era un creyente obstinado y recalcitrante que todo lo consideraba desde las lecturas de su Biblia, y según él en ella estaban muy mal vistos los juegos de azar.

Pero ese día por insistencias de una hermana berrinchosa que no tenía ley ni Dios, se sintió obligado a comprar un billete de la suerte. Había llegado donde el vendedor con una bolsa llena de monedas que eran sus ahorros exiguos de la venta de los pescados. Pidió el boleto al premio mayor y el lotero pareció impresionado al saber que un hombre tan paupérrimo osara a pedir el boleto más caro, y luego se ofuscó cuando el comprador fue a pagarle. untó.

–Pues recibirlas, plata es plata.

De esa manera el viejo pescador había complacido a su hermana sin que ella supiera. Pues hacía tiempo esta le insistía que una vida dedicada a Dios no era una vida miserable como la que él tenía, y que debía hacer algo para superarse, algo «como comprar la lotería».

Pero el viejo siempre respondía lo mismo: «Eso no es de Dios y además, nunca alcanza la plata».

Lo que pocos sabían es que esa mañana sí alcanzó la plata, pues harto de su hermana que lo había incitado hasta al hastío a hacer buen uso de esas

monedas y lo exhortaba a invertir las en un billete de lotería y decía: «A ver si nos cambia esta suerte de cristianos», y el viejo, quien debió sentirse ofendido en su fe con esa expresión, agarró la bolsa sonora y salió gritando que no iba a comprar ninguna lotería, que iba a regalarle esas monedas a los otros pescadores para que se acabara la vaina.

Las anteriores eran confidencias del pescador que ignoraba el lotero. Este, por su parte, había pasado los últimos días con la intriga corrosiva de esa resolución diezmal de ese comprador particular.

No era la primera vez que alguien le había ofrecido darle parte de un potencial premio; de esas promesas incumplidas solía contar la de un muchacho que vendía fritos en el puerto, quien alegaba que nunca le alcanzaba el sobrado de sus ganancias para comprar un boleto. Entonces él un día se compadeció y se lo completó. Ese joven le había prometido la mitad si ganaba y, en realidad, ganó, pero jamás regresó a cumplir con su promesa.

Pero en la respuesta escueta del pescador –seguramente– no pudo dejar de sentir la fuerza de la sinceridad o al menos de la locura absoluta de ese comprador. Algo debió quedarle rondando en su mente. endido.

Ninguno de los presentes en esa ocasión –excepto el lotero– prestó mucha atención ni al tipo ni a su promesa, porque más que un pescador debieron considerarlo como un loco; un loco fanático que hablaba de Dios y su justicia, pero que ninguno la veía reflejada en él. Aquella mañana, al lotero –quizá por los recuerdos producidos– después de esa venta se le dio por rememorar a las personas que le había vendido boletos ganadores; cinco o seis contabilizaba, pero todas habían pasado inadvertidas; ninguno de esos compradores casuales se acercó siquiera a darle las gracias.

Lo que no sabía al siguiente día, mientras se moría en la soledad de su casa calurosa, es que ese ganador –el sexto o el séptimo según sus cálculos– lo estaba buscando como loco para darle el diezmo prometido; lo llevaba en el mismo saco de fique donde llevó las monedas grasientas con que compró el billete.

Todos lo ignoraban, ¿quién habría de presentir siquiera que ese pírrico pescador había ganado? Y mucho menos creer que llevaba consigo doscientos treinta millones en billetes de cincuenta mil.

De por sí ya le había costado un mundo cobrar el premio por su poca congruencia, pues se había ido tal como estaba, con su pinta de pescador –sin vanidades ni jactancias; sencillo, ingenuo– a cobrarlo.

–Tuve la gracia de Dios de que no me creyeran, doctor.

Le dijo al gerente del Banco Central donde le abrieron su primera cuenta de ahorros de toda la vida, y donde le dieron en billetes nuevos, el diez por ciento del premio, que era la cantidad que él había exigido.

–Sí que tuvo suerte o la gracia de Dios como usted dice –le dijo el gerente–, pues con las personas que usted seguramente convive, se le habrían tirado en rebatiña por arrancarle ese billete.

–¿En qué doctor? entendiera.

–Ahhh ya... Pero nadie me creyó doctor, todos decían que yo estaba loco.

–Loco está usted si va a salir con esa plata por ahí, se la van a robar –le gritó el hombre desde su despacho cuando terminó de meter en el saco el último fajo de billetes.

–Nadie me tendría que robar. ¿Quién va a robarle a un pescador?, ¿o usted doctor creería que en este saco oloroso yo llevo esos millones?

–Seguramente no.

–Entonces es un secreto entre nosotros dos, doctor. Y así con su presencia inferior a la de un pobre, a la de un pescador, o a la de un loco, salió del banco ante la mirada displicente de los clientes que lo veían como al más perdido, al más impertinente y molesto; por estar fuera de su sitio.

Esa diligencia la hizo temprano en la mañana. Llegó a las ocho al banco y salió faltando cinco para la diez; demoró tanto por la complejidad de la transacción, por la comprobación de datos, por la inverosimilitud que causó en los cajeros al preguntar con esa facha que llevaba, por el gerente. Al comienzo, los asesores que lo atendieron consideraron llamar a la policía, pero querían saber mientras planeaban su estrategia si ese personaje les adelantaba algo.

«Solo necesito al gerente» repetía el pescador, y no les soltaba prenda. El vigilante se ofreció a sacarlo a la fuerza, pero todos ellos sabían que eso no estaba permitido; no sabían qué hacer; cada vez llegaban más clientes que eran espectadores y se hacía casi imposible seguir ignorándolo sin darle respuesta. El pescador se impacientaba, sabía que tenía el tiempo medido, lo confirmaba en el reloj colgado en la pared. En la inminencia de la situación, uno de los asesores tomó la palabra: «Avisémosle al gerente», propuso y continuó: «y que él decida qué hacemos con este loco», y así hicieron, y fueron ellos los más sorprendidos cuando el gerente después de cruzar un par de palabras con el pescador, lo invitó reunión.

Ya en la calle y con prisa en el paso, la mayor preocupación del pescador no era el riesgo de perder –es decir: que le robaran– aquel dinero, sino incumplir sus tiempos; que su plan fuera descubierto, que se enterara su familia en que andaba, por eso iba con tranco largo para encontrarse justo a tiempo con el lotero en el lugar y la hora que él creía concertada. No sabía que a las once en punto en la estación de gasolina que queda al cruzar el río –que es desvaradero de los advenedizos que llegan a ese lado de la ciudad–, no iba a estar el lotero. Por eso desde entonces lo buscó por el barrio donde le compró el billete. Fue preguntando en las tiendas de esquina quien lo conocía y aunque todos daban su nombre y apellido, en sí nadie sabía más que eso.

–Pero quién va a saber dónde está si él se la pasa caminando todo el día –le respondió un vendedor de jugos de naranja en el centro del barrio.

Él siguió preguntando casa por casa, con una pena montuna que solo superó por la fuerza de la promesa que para él era tan sacra como dar el «sagrado diezmo». Fue así como hizo «la vuelta del bobo» como le decían en la barriada a tomar el camino más largo para llegar al mismo sitio. Y fue una vuelta boba porque después de tanto preguntar llegó a la misma estación de gasolina, y le preguntó a la única persona del sector a quien no le había preguntado; al despachador, quien le dijo que el viejo vivía en «Tres piedras», cerca de su casa, y que él sí lo conocía bien porque eran vecinos y además siempre le cambiaba los billetes gruesos al viejo cuando este estaba «enrredao».

El pescador sin ser consciente de que tenía dinero suficiente para pagar miles de taxis, caminó hacia el barrio indicado –relativamente cerca–, calculando la hora mirando al cielo, viendo la posición del sol en el firmamento, y empezando a sospechar que en ese momento ya lo debían extrañar sus compañeros en el río porque hasta el día anterior pescó como de costumbre en las mañanas, sus tres tilapias para comer él, su flacuchenta mujer y su enojada años.

A esa hora, las doce en punto, en su casa, su hermana (ignoraba el premio y debía dar por hecho que su tonto y puritano hermano había repartido las monedas a los otros pescadores) empezó a creer que algo anormal pasaba, porque el viejo no había traído las tilapias. La esposa del viejo que era «ni fu ni fa» se quedó extrañada, viéndose la cara con su cuñada.

–¡Qué raro! –le dijo la hermana a la esposa. –¿Por qué? –preguntó la otra.

–Porque el viejo me pidió la cédula hoy antes de irse.

–Y él que nunca usa esa cédula. Eso está muy raro. ¿Será qué está enfermo? –¿Y de qué? Si él no se enferma... yo le pregunté lo mismo,

pero no me quiso decir. Estaba muy misterioso.

—Pues para lo único que puede usar la cédula el viejo es para que lo atiendan en el hospital.

—Eso mismo pensé yo —dijo la hermana mientras caminaba al destartado cuarto del viejo, y repitió—: eso mismo pensé yo.

Por su parte, el otro viejo vivía solo desde hacía tres años cuando su esposa sufrió un cáncer de médula repentino y murió. Desde entonces y aunque su rostro marcara un rictus sonriente (con unas arrugas faciales joviales quizá producto de esa felicidad fingida que aprendió en esa carrera de ofrecerle la fortuna a los demás), lo cierto era que estaba triste —esta confesión la dejó por escrito— y no tenía muchas aspiraciones, y para lo único que seguía trabajando era para pagar las cuotas del lecho de muerte de su amada en el cementerio «Jardines de la Eternidad».

La otra fuerza que lo aferraba a la vida era el deseo casi imposible de visitar a su hija María de los Ángeles en Venezuela, a donde la enviaron en decisión compartida él y su mujer cuando tenía apenas siete años para brindarle un mejor futuro junto a sus tías. Para los días actuales, ella tenía cerca de treinta eto.

Ese día —aunque nadie debía sospecharlo— el pobre lotero agonizaba en mangas de camisa de popelina en su estera mientras el otro viejo caminaba con el saco buscándole.

El pescador aunque quería ir rápido, ya caminaba lento, exhausto, pero de pronto se animó, como una aparición se percató de un taxi que venía por el corredor.

Le hizo un gesto asustado, y el conductor paró. El viejo le pidió que lo llevara a su destino, le aseguró que tenía como pagarle, pero el taxista —seguramente por verlo tan desencajado— lo desdeñó y lo dejó. Decidido a no dejarse vencer, caminó más un poco, pero las fuerzas ya no le daban, y paró, allí vio al cielo y el sol le indicó que ya era tarde para llegar por esos medios.

Entonces rasgó el saco por una de sus puntas y tomó uno de los billetes, y como pudo lo cerró, haciéndole una trenza al lado roto.

El otro viejo cada minuto debía estar peor, y finalmente debió quedar inmovilizado de pies a cabeza por el pico diabético. El día anterior se había emborrachado con una botella de licor de anís sin saber el peligro de lo que hacía.

A primera hora de la mañana intentó levantarse y se sintió atornillado; sin poder moverse, pero al menos movía su cuello, hombros y brazos —esto,

también lo dejó testimoniado, parece ser que lo escribió con las últimas fuerzas que le quedaban—.

Otras veces había sentido un cosquilleo y un médico de los muchos años pasados le había dicho que ese era un síntoma de una tendencia glicémica alta.

Pero —seguramente— por esas faltas de comunicación y pedagogía de los médicos con el pueblo, no le dijo con claridad qué hacer ni las precauciones de esos casos eventuales. En esa ocasión solo le sentenció que si consumía azúcar se iba a morir. Desde entonces el viejo no volvió donde médico alguno y se tomaba todo cerrero, hasta el tinto; y por cosas de su trabajo de lotero el ejercicio de caminar le eliminaba la recarga glicémica de las féculas de las yucas y las papas que era lo único con lo que se podía alimentar. isto.

El único que sabía lo realmente extraño de la situación, era el otro viejo, el pescador, que sabía desde hacía muchos años que el lotero siempre estaba en la estación de gasolina a las once en punto. Él lo sabía bien porque a esa hora exactamente cruzaba el río con sus tres tilapias y si el día había sido bueno llevaba otros pescados para la venta o cambalache de las necesidades de la casa. Si sí o si no, siempre a las once pasaba por la estación y veía al otro viejo lotero ofrecer sus billetes, o tomarse un tinto hirviendo como prueba de coraje al clima reticente del trópico escenificado por un sol de fuego.

Pero ya eran más de once, y tarde para suponer cosas buenas del otro, tanto para él con el lotero como para las dos mujeres que conformaban su vida, las cuales ya estaban en las calles como locas, buscándolo. También era tarde para el lotero, quien agonizaba con la promesa de un premio; a ningún otro él le habría dado fe, pero esta vez había creído —tal vez— por la ética religiosa del apostador.

En ese momento en el río, todos los pescadores extrañados, se agremiaron para buscar a su compañero y justo cuando se dirigían a su casucha como primer paso, se encontraron de frente con las dos mujeres preocupadas que venían buscándolo.

Ni unos (ellos) ni otros (ellas) supieron qué hacer.

Cerca de las dos, con el sol sentado en el horizonte, el pescador con el billete en la mano y el saco a la espalda caminó hasta la mitad de la calle y se antepuso al próximo taxi que pasó. El conductor, que no entendía las razones de ese acto, se despachó con unas bataholas inentendibles contra el pescador. Este entre dientes levantaba una plegaria al cielo, y el taxista más allá del fanatismo y el desespero se condescendió ante el billete que le ofrecía el pescador, que de lejos era más para esa mañana de lo que él

podía producir conduciendo. desafortunadas.

La razón era de urgencia perentoria, como si el Santo Espíritu le hubiese revelado a aquel pescador lo que podría suceder. Por su parte las dos mujeres fueron arrastrando gente, pregonando la desaparición de su hombre. En la estación de gasolina ya eran docenas de seguidores junto a las mujeres que se encontraron con la respuesta tímida del gasolinero asustado que se sentía el peso de ser el desencadenante de aquel acontecimiento. Al saberlo, las mujeres también se aventuraron en un taxi, que tuvo que pagarlo el mismo gasolinero para evitar una hecatombe en su puesto de trabajo. Se mandaron a toda marcha y cuando llegaron pasaron la puerta principal de la casa que estaba abierta. Al fondo ya estaba forzada la cerradura del cuarto donde vivía el lotero, adentro los dos hombres. Ellas, ante lo visto quedaron pasmadas y con unas miradas atónitas en el saco de fique con los billetes esparramados. El pescador tenía lo que parecía ser una carta en su mano derecha y su mirada estaba fija en el hombre que parecía no respirar, y que tenía jugada en su mano izquierda una nota escrita en papel higiénico que decía: «Si llega el único comprador al que le creí y no estoy vivo, que le dé todo a mi hija en Venezuela. Ella lo necesita más que yo».